

# El apagón

Lema: 1919

- ¿Cuánto hace ya que no se toma una copa?

El aire del despacho del psicólogo policial, Diego Elizondo, estaba más que viciado: allí se conservaban perfectamente, como cadáveres en formol, olores nuevos y antiguos de tabaco, vómitos, axilas, lágrimas y mucho, mucho despecho. El calor era insoportable. Parecía como si la llegada del frío octubre hubiese invadido toda Barcelona menos aquel cubículo de diez por diez en la planta baja de las dependencias de aquella comisaría del Raval.

El inspector Calahorra se secó el sudor de la frente antes de contestar:

- Cuatro meses- Hizo una pausa, se encendió un cigarrillo, dio la primera chupada y carraspeó-. Cuatro meses, dos días y diecisiete horas y media.

- Eso mucho tiempo- le sonrió.

¡Joder, claro que era mucho tiempo, demasiado! Calahorra no sólo tenía la cara perlada de gotas debido al calor.

- ¿Cómo se siente?- le preguntó.

- Bien- contestó el policía pensando en lo mucho que le gustaría tomarse un whisky doble flotando en hielo.

¿Qué clase de pregunta era ésa? ¿Que cómo se sentía? Evidentemente jodidamente mal. Pero temía que le volviesen a suspender de empleo y sueldo. Corrían malos tiempos. No podía permitirse que le quitasen la placa y mucho menos la pistola; aquélla misma con la que había quitado la vida de ese chaval de sólo quince años. ¡Mierda! Parecía mayor de edad. Él sólo estaba en su ronda habitual cuando le vio salir despavorido al ver el coche patrulla. *¿Por qué los criminales eran tan imbéciles?*, se había preguntado en aquel momento. Nada mejor que huir para gritar a pleno pulmón que era un delincuente.

Calahorra no se lo pensó. Salio del coche, salto la verja tras él y, cuando éste se dio la vuelta con la mano en el bolsillo ocultando algo, le disparó. Disparar o ser disparado, ésa era la cuestión. Pero el chico no llevaba arma alguna, tan sólo un bote de spray rojo. Horas más tarde el inspector pudo observar su pintada sobre una pared de un banco: CNT. La T había quedado a medio hacer tras ser sorprendido por aquel coche de policía que ni siquiera le miraba antes de que saliese corriendo. Un comunista cabrón. ¡Y sólo tenía quince años! ¿A dónde estábamos llegando? Por suerte, la policía interna no le había culpado a él del homicidio, sino que a su adición.

- Me alegra verle tan animado ante su vuelta. Va a necesitar aplomo para enfrentarse al caso que se le ha asignado. Mañana a primera hora le pondrán al día sobre lo descubierto en los tres cuerpos

No era alegría precisamente lo que sentía Santiago Calahorra; se trataba más bien de ganas, e incluso necesidad, de volver a empuñar un arma. Cualquier cosa para no pararse en cualquier bar de mala muerte y acabar con toda sustancia líquida bebible y no bebible que encontrase por allí.

Se despidió del psicólogo con un apretón de manos, prometió visitarle en cuanto el comisario Galdía lo ordenase y salió a la calle. Estaba diluviando allí fuera. A falta de paraguas, Calahorra se incrustó su sombrero negro con forma de champiñón y cruzó la calle hasta su coche.

Seis meses alejado del cuerpo no le habían mantenido del todo apartado de las noticias. ¿Quién no había oído nada sobre las tres putas muertas? Dos de ellas habían aparecido rajadas como cerdos de cuello a genitales hacía tres meses junto a la *Casa roja*, uno de los principales burdeles de la zona. Habían

dejado sus cuerpos tirados en medio de la calle con varios órganos vitales desparramados a su alrededor. Parecía un caso aislado.

Pero ahora otra había corrido la misma suerte. Calahorra arrancó el coche. El mismo *modus operandi*. ¡Joder! Si habían tardado casi tres horas en encontrar el maldito hígado. Como si no tuviesen poco con la política, ahora un loco se dedicaba a imitar al destripador más conocido de Inglaterra. La puta nueva trabajaba en *Orión*, un bar con barra americana.

Y Santiago Calahorra sabía de sobra quién se hallaba tras los crímenes. No podía ser otro que Ulloa y sus hombres. ¿Quién, a parte de él mismo, pasaba sus horas libres en esos dos sitios primero tras la barra y después en una de las habitaciones? Él ya hacía mucho que se había saltado la primera parte para meterse directamente en la cama con una chica encima. Una chica llamada Laia no sé qué.

El inspector respetó una señal de ceda el paso y siguió su camino. A la derecha se veía una pequeña hoguera y varios uniformados tratando de calmar a base de golpes de porra a una muchedumbre hambrienta de sangre.

- Todavía no estoy de servicio, chicos- masculló-. Paso de ayudaros.

Pero había que tener cuidado. Los hombres de Ulloa eran útiles. Aunque fuese por intereses meramente particulares, el mayor empresario de Barcelona había acabado con los revolucionarios más molestos de aquel principio de año. La policía investigaba sus cuentas y cada vez hacía más la vista gorda ante el dinero negro y la sangre que pasaban por sus gordas y grasientas manos. Ante un enemigo común debía de haber como mínimo un distanciamiento; y más cuando parte del dinero sucio llegaba a la policía.

- ¡Mierda! Y no sé qué maldito intelectual de pacotilla ha dicho que el siglo XX es el progreso.

Calahorra aparcó frente a su casa. Comió los restos de la cena (era muy tarde para haberle esperado con dos niñas pequeñas) y se acostó junto a su mujer ignorando los sollozos que empezaron a brotar de su garganta en cuanto le consideró dormido.

Haberle dicho siquiera algo hubiese significado no pegar ojo en toda la noche. Y necesitaba estar despierto al día siguiente para atender a las explicaciones del forense y contrastar los datos con los de las otras prostitutas asesinadas. Si al inspector Santiago Calahorra le costó conciliar el sueño aquella noche, no fue debido a los hipidos ahogados de la mujer que yacía a su lado. Llevaba demasiado tiempo acostumbrado a descansar entre los brazos de Laia para poder dormir luego a pierna suelta. No siempre practicaban sexo, Calahorra ya estaba algo mayor para eso; pero, aún así, había llegado a depender de su compañía por lo menos dos o tres veces por semana. La joven, bella y dulce Laia, que no le costaba nada ser penetrada ni aguantar los achaques de un viejo lobo como él. Es más, hasta parecía disfrutar.

Calahorra no la amaba, como tampoco amaba a su mujer (hacía tiempo que ya no se preocupaba de limpiarse los restos de carmín o de ducharse nada más entrar en casa para eliminar todo resto de perfume barato propio de putas igual de baratas), pero estaba a gusto en su compañía. Laia era la única persona que conocía que nunca le preguntaba si había bebido. Nunca hacía preguntas, ni siquiera cuando se cargó a aquel estúpido comunista de quince

años que le había costado la placa durante casi medio año. Simplemente le escuchaba y le dejaba en paz.

No, Laia nunca preguntaba.

Y al día siguiente, mirando aquel cuerpo mutilado sobre la mesa del forense, supo que la chica nunca más iba a decir nada, ni sobre alcohol, ni sobre niños acribillados a balas, ni sobre nada de nada.

A Laia la habían ahogado con una soga alrededor del cuello para luego ser abierta como las dos primeras. El hígado, que tanto se había hecho de rogar para ser encontrado, reposaba a su lado; así como los riñones y uno de los pulmones.

- Por lo menos a ésta le han dejado el corazón en su sitio- comentó el forense separando con unas pinzas sucias un lateral de la carne del torso para que Calahorra pudiese mirar mejor. Soltó las tenazas con cara de asco-. ¡Joder, qué peste!

- ¿Y qué más da eso? El corazón en su sitio no le va a devolver la vida, ¿no?- Calahorra desplazó la mirada de aquellos pechos ahora separados por un corte vertical, que tanto le habían hecho disfrutar- ¿Se utilizó la misma arma en los tres casos?

- Si no la misma, por lo menos del mismo tipo. De sierra. Una chapuza- añadió. Por lo menos el de Londres tenía conocimientos médicos. He leído que sus cortes eran limpios.

- Métale toda la carnicería y cósala para el entierro. Quiero ver los informes en mi mesa lo antes posible. De las tres.

- ¿Coserla? Pensaba dejarla así. Va a ir a una fosa común, junto con los vagabundos y los revolucionarios. No tiene familia ni nada. Por lo menos nadie la ha reclamado.

- Aún así, cósala.

El forense no rechistó. Sabía, como todo el mundo que trabajaba cerca de él, que el inspector era un asiduo de Orión.

Con los informes y las fotos forenses sobre su mesa, Calahorra sintió como la rabia invadía su cuerpo. No tenía nada que ver con el cariño o el respeto hacia aquellas prostitutas, era simplemente un odio venido de lo más fuerte: de las ansias de venganza. Los hombres de Ulloa le habían quitado lo único que le hacía feliz y debían de pagar por ello. ¡Vaya si lo iban a hacer!

El comisario había sido muy explícito:

- Hay que parar al loco cabrón que hace esto. Ya tenemos bastante miedo por las calles como para que ahora se nos junte esto. ¡Mierda! Los periodistas se nos van a echar encima como no hagamos algo pronto.

- No se preocupe. Ésta será la última.

- ¿Tienes idea de por dónde empezar?

- No- mintió Calahorra-, pero sé que no va a durar mucho más. Confíe en mí.

Aquella misma noche, junto con los subinspectores Montalbán y Güell, Santiago Calahorra visitó la Casa Roja.

El dueño del lugar, un hombre que despedía un olor tan intenso como un gato en descomposición, seguramente debido a su tremendo volumen, se mostró más servicial de lo que los tres policías hubiesen imaginado.

- Ese hijo de puta me ha quitado a dos de mis mejores chicas.

Por supuesto que aquello era un negocio ilegal y tuvo mucho cuidado en denominarlas *masajistas* a pesar de que Calahorra era uno de los clientes habituales. En esos años había que mantener las apariencias incluso cuando todos sabían la verdad.

- ¿Lleva algún registro de las personas que vienen por aquí?- Calahorra formuló la pregunta con una vana esperanza. A él nunca le habían pedido los datos.

- Esto no es un hotel.
- Ya... ¿Y recuerda quiénes vinieron por aquí ese día?
- Lamentablemente no. Pero quizá Maribel...Se llevaba muy bien con ellas. A veces hasta trabajaban juntas.

Calahorra asintió. Conocía a Maribel personalmente. Todo lo personalmente que se puede llegar a conocer a una prostituta.

El gordo les señaló una mesa donde se hallaba una chica rubia con raíces negras charlando amistosamente con dos clientes. Los tres policías se la llevaron a una de las habitaciones y, antes de que pudiesen decirle nada, la prostituta se puso a llorar sinceramente.

- Eran mis mejores amigas aquí, ¿saben? Cuando tuve que ir a reconocer los cuerpos, sólo me enseñaron las caras; pero he leído en un diario lo que hicieron con ellas. ¡Oh, dios! ¡Es tan horrible!

El inspector mandó a su subalterno Güell a que trajese un vaso de ron para calmar a la chica. Sabía que estaba desalentada por haber perdido a dos compañeras, pero también reconocía en ella otro pesar, y era muy superior al anterior: el miedo de poder haber sido ella una de las asesinadas. El miedo a que todavía podía ser una de ellas. Y eso se iba sólo con alcohol. Él lo sabía muy bien.

- Eran buenas chicas-, dijo una vez se hubo acabado el vaso de un trago.

Ella también lo era. En ningún momento había hecho amago de saludar a Calahorra. Era como si no le hubiese visto en su vida. Como si nunca hubiese estado arrodillada ante él.

- ¿Recuerdas aquella noche?

- ¿Cómo iba a olvidarla?

- ¿Con quiénes estuvieron antes de desaparecer?

- No lo sé. Sé que había un cliente que quería estar con ellas dos. A solas y a la vez.

Todo fue inútil. Ni ella ni nadie que trabajase allí habían visto a ese hombre misterioso. Se había cubierto bien las espaldas pidiendo cita por teléfono y entrando con gabán, bufanda y sombrero. Nadie le había reconocido cuando fue directamente a la habitación asignada, principalmente porque, a esas altas horas de la noche, la mayoría estaban borrachos o acompañados de una chica. ¡Cómo para fijarse en quién pasaba por ahí! Podía haber sido cualquiera.

Pero Santiago Calahorra sabía que se trataba de uno de los hombres de Ulloa. O incluso del propio empresario.

- ¿Sabes por qué alguien iba a querer matarlas?
- Demonios, no. Las chicas como yo no tenemos enemigos.
- Ahora sí. Cuídate.

En Orión el recibimiento fue muy diferente. El asunto de Laia Escribano estaba muy reciente y todos miraron recelosos al ver entrar a Calahorra seguido de otros dos policías. No faltaba quien sospechaba del inspector. ¿Quién pasaba más tiempo que él con la chica? Nadie.

El encargado del bar era uno de los que pensaban de esta manera y contestaba a todas las preguntas con monosílabos y cara de pocos amigos. Calahorra se impacientó, le golpeó con el puño en el estómago y le sacó a rastras a un callejón por la puerta trasera.

- Vas a contestar a todo lo que le te pregunte clara y concisamente- le ordenó apuntándole con la pistola-. Y con una sonrisa, además.

El hombre asintió con la cabeza. Estaba aterrorizado.

- ¿Viste al hombre con el que estuvo justo antes de morir?  
- No-. El hombre miró la cara huraña del inspector y temió que volviese a golpearle o algo peor-. ¡Se lo juro! ¡Joder, no vi nada!

- Bien- Calahorra encendió una cerilla y acercó la llama a un cigarrillo que pendía de la comisura de sus labios-, te creo. ¿Pidieron cita por teléfono?

- ¿Por teléfono?- El hombre parecía realmente sorprendido-. Aquí nadie hace eso. Vienen a ver bailar a mis chicas y, si les gusta alguna, suben a...

- Vale-. Calahorra se sabía esa parte de memoria-. ¿En qué habitación estuvo?

- Es que eso es lo más curioso. Bailó hasta altas horas de la madrugada y se marchó. No pasó por ninguna habitación. Recogió sus cosas y se fue directamente a casa.

Así que la debían de estar esperando hasta que salió del Orión. Muchas chicas lo habrían hecho antes que ella, pero él esperó impaciente a que Laia atravesase la puerta. No escogió a una puta al azar. La quería a ella. ¿Por qué a ella? ¿Y por qué a las otras dos? Que se supiese Laia no tenía contacto con las dos primeras víctimas. ¿O sí? ¿Qué tramaba Ulloa?

Varios días después, Calahorra llamó para decir que tardaría en pasarse por la comisaría, tenía algo que hacer relacionado con el caso.

- ¿Quieres que te mandemos a alguien?
- No. No hace falta.

El inspector quería ir solo a ver a Ulloa. Tanto Güell como Montalbán hubiesen sido una molestia a su lado haciéndose preguntas. Había llegado la hora de dejar de palos de ciego y meterse en la boca del lobo.

Aparcó el coche frente a la inmensa casa de Ulloa y llamó al timbre. Dos hombres inmensos como gorilas le acompañaron hasta el salón donde el dueño de la casa almorzaba sidra y unos aperitivos de langostinos y salmón ahumado. *De contrabando todo, seguro*, pensó Calahorra.

- Calahorra, pasa.

Ulloa, un hombre con perilla y estrábico le ofreció un sillón delante de él.

- Traed otra copa para el inspector- ordenó a sus hombres mientras señalaba la botella de sidra.

Los guardaespaldas ya se marchaban camino de la cocina, cuando Calahorra, quitándose el abrigo, rectificó el pedido:

- Agua.

Ulloa le miró fijamente mientras se metía un langostino en la boca e instaba al inspector a que le imitase. Calahorra cogió un canapé.

- No pensaba que siguieses sin beber.

- Sé dominarme.

- ¿Dominarte? ¿Tú?

- Sí

Uno de los guardaespaldas trajo el vaso de agua con hielos a Calahorra. Éste se encendió un cigarrillo y meneó el vaso con movimientos circulares tal y como solía hacer con el whisky doble. Ulloa le miró a través de la neblina provocada por el humo de la primera calada y sonrió.

- Ya lo veremos.

Calahorra bebió el vaso de agua de un trago.

- ¿Cómo van los negocios?

- Como siempre. Algún cabrón rojo ha intentado quemarme una de las oficinas, pero le pararon a tiempo. Sólo se cargó la fachada. Creo que está arrestado, que le jodan.

- ¿Tus hombres no han trabajado últimamente?

- ¿Para qué? Ya lo hacéis vosotros por mí- dijo con sonrisa sarcástica-

Yo dormía cuando ese tipo prendió fuego tirando yo que sé qué mierda a través de la ventana. Ni siquiera le he visto la cara.

- No me refiero a él.

Ulloa se recostó en su sillón, cruzó una pierna sobre otra y se encendió un puro. Su semblante se había tornado serio.

- ¿Para qué has venido?
- Es por el caso de las tres chicas muertas.
- ¿Las putas? No entiendo tanto revuelo por unas chicas de ese nivel.

Como si faltasen en Barcelona. Además, ¿qué tiene eso que ver conmigo?

- No lo sé. Pero trabajaban para el Orión y la Casa Roja.
- ¿Y?
- Los dos sabemos que son los dos sitios a los que vas tú. Y también

tus hombres.

- Nos vemos a menudo, ¿no? Podría decirte lo mismo. Somos tan sospechosos el uno como el otro.

- Sí. Pero yo sé que no he hecho nada.

Calahorra se levantó y se puso el abrigo y el sombrero.

- Tengo que irme, pero volveré.
- ¿Para qué?
- Porque sé que tienes algo que ver.
- Aquí estaré- Ulloa señaló la estancia tranquilamente-. Espero que la

próxima visita sea más amigable... Y que aceptes una copa.

- Yo espero verte con una bala en la cabeza.

El día del entierro en la fosa común de Laia Escribano, Santiago Calahorra pensaba ser el único en el cementerio. Pero, justo cuando ya pensaba marcharse, vio una sombra que observaba tras un árbol. Ésta al sentirse

descubierta, salió corriendo. *Como el chaval de quince años, si no hubieses huido nunca hubiese corrido tras de t y ahora estarías vivo.*

Calahorra aparentó no haberse dado cuenta de nada. Haber ido detrás de él hubiese sido inútil, la distancia era importante y los años no pasaban en balde. Tenía un plan mejor.

En cuanto el chico desapareció tras un panteón coronado por un angelote, el inspector corrió hasta su coche y se dirigió hasta la puerta lateral, por donde iba a salir el sospechoso. Se mantuvo quieto y a una distancia prudente mientras el hombre, que debía de rondar los treinta años (si es que esta vez estaba calculando bien la edad) miraba nervioso a sus espaldas. Pareció tranquilizarse y sorprenderse a la vez al ver que ningún inspector de homicidios le seguía. Se paró en un quiosco a comprar un diario y anduvo hasta un edificio tan negro y viejo que parecía más un albergue de ratas que de humanos. En dos ocasiones miró hacia atrás, como si un sexto sentido le estuviese advirtiendo de que le estaban siguiendo. Pero no conocía el coche negro de Calahorra.

Sacó una llave y entró.

Calahorra no le reconoció como ninguno de los hombres de Ulloa y estaba seguro de que de éste se hubiese acordado. Todos eran grandes y éste tenía más bien pinta de pasar hambre; pero algo debía de saber, si no por qué iba a estar en el cementerio.

Miró las manecillas del reloj de pulsera, esperó medio minuto exactamente y tiró la puerta abajo con una bala. Varias personas ahí dentro se asomaron desde sus apartamentos para ver que ocurría y se quedaron como

hipnotizados mirando el arma del hombre. Calahorra se llevó el dedo índice sobre la boca.

- Chico joven. Rubio. Delgado. ¿Dónde vive?

Una señora le señaló el piso de arriba:

- Segundo primera.

- Entren todos.

Obedecieron y Calahorra subió despacio. Ese cabrón podría salir en cualquier momento.

Pero el chico había usado su único revolver para meterse un tiro por la boca en cuanto escuchó como la puerta del portal se venía abajo. Había sido una idiotez guiarle hasta su apartamento y lo sabía. Grave error. Lo único que podía hacer ahora era asegurarse de que no iban a sacar de él ni una sola palabra.

Su cadáver fue lo primero que vio el inspector cuando tiró la puerta del apartamento del mismo modo que la del portal. Pasó por encima de él e inspeccionó el lugar rápidamente para asegurarse de que no había nadie más por allí.

La pequeña vivienda estaba decorada con carteles que pedían libertad, la CNT, la UGT y más cosas que Calahorra ya estaba harto de ver. Un revolucionario, sin duda. Había hecho bien en reventarse los sesos, si no hubiese acabado peor.

Mientras ojeaba unos panfletos propagandísticos políticos, usó el teléfono del chico para llamar a comisaría.

No tardaron en llegar para llevarse el cuerpo y precintar la puerta con cinta amarilla. Seguro que dentro encontraban algo interesante como los datos

de los compañeros. Con suerte a éstos los pillarían antes de que pudriesen en el infierno para charlar con ellos.

Calahorra se ofreció a quedarse para dirigir la inspección y diría más adelante que llegó hasta allí por un chivatazo, no quería que nadie se relacionase con la tercera de las víctimas del destripador de prostitutas. Si de veras quería vengarse, debía de hacerlo al margen de la ley que se suponía que defendía.

Cuando encontró las fotos y la agenda en aquel cajón, lo guardó con cuidado de que el resto de policías no le viese. Esa misma noche lo miraría todo en la cocina de su casa sin poder llegar a creérselo. De manera casi casual había encontrado el vínculo de unión entre Julia Bondia, Anna López y Laia, las tres putas asesinadas. Espías comunistas ni más ni menos. El chico del apartamento debía ser el que recopilaba la información que éstas le daban, el que luego pasaba a la acción con el resto de hombres del equipo.

Oyó unos pasos a sus espaldas y se giró. Era su mujer con bata y zapatillas de andar por casa. Tenía los ojos cristalinos de haber llorado, ir a hacerlo o, tal vez (casi seguro), las dos cosas.

- Es tarde. ¿No vienes a la cama?

Calahorra metió la agenda y las fotos en su maletín.

- Tengo trabajo.

Así que Laia, aquella mujer dulce y callada, que nunca preguntaba nada había sido espía.... Increíble. Sin duda era tan inteligente que sabía que era más fácil sacar información con el silencio.

La mujer se alejó despacio y el inspector de homicidios miró un calendario que pendía de la pared con una foto de un monumento de París. Era veintiuno de octubre.

Salió de casa y arrancó el coche.

Se reunió con los dos subinspectores en la puerta de Orión y entraron.

Una chica con el pelo a lo Marilyn Monroe bailaba sensualmente en la barra. Normalmente se hubiera parado a mirarla un rato y quizá algo más, pero quería acabar con aquello cuanto antes. Comunista o no, era lo único bueno que había tenido en su vida y se la habían arrebatado. Iban a pagar por ello.

Cuando Güell y Montalbán vieron como su jefe se dirigía a Ulloa y dos de sus hombres, que se hallaban sentados en una mesa bebiendo vodka, se miraron inquisitivamente entre ellos. No entendían qué tenía que ver el famoso empresario con todo ese asunto.

Fue entonces cuando se produjo el apagón en el bar. En ese momento no lo sabían, pero el corte de electricidad afectó a la mayor parte de la ciudad y se seguiría hablando de él años y años más adelante porque provocó disturbios de carácter político por toda Barcelona.

Los subinspectores se quedaron en el bar tratando de poner orden. No había nadie que no quisiese aprovecharse de la situación: los que intentaban robar botellas de la barra, los carteristas, los que aprovecharon para forzar a alguna chica a meterse en alguna de las habitaciones e incluso los que desnudaban a otros clientes para llevarse ropa más cara y en mejor estado que la propia. Cuando la luz volvió, vieron que ni Calahorra ni los tres hombres seguían allí. Estaban al lado de la puerta principal, no podían haber salido por

ahí. Salieron directamente por la trasera al callejón a tiempo para oír como Ulloa discutía con el inspector.

- ¿Se puede saber qué diablos...?- Ulloa no tuvo tiempo de acabar su pregunta. Una bala le reventó el cráneo y su cuerpo sin vida cayó estrepitosamente hacia atrás.

Los dos hombres de Ulloa trataron de desenfundar, pero Calahorra, a pesar de la edad, era rápido. Corrieron la misma suerte que su jefe.

Montalbán y Güell todavía no entendían nada. Tenían ordenado hacer la vista gorda ante todos los trapicheos del empresario. Era, en cierto modo, un protegido. Calahorra sabía lo que pensaban sus chicos. Se agachó y cogió el arma de Ulloa.

- Sería demasiado largo de explicar- les dijo antes de dispararlos.

Con cuatro cadáveres a su alrededor, el inspector fumó el primer pitillo tras la llegada de la luz a las farolas. Al fondo se veían barricadas, coches patrulla con las luces del techo encendidas, hogueras, gritos de consignas libertarias y cabinas de teléfono destrozadas. Pero él fumaba tranquilo. Su misión ya había finalizado. Los cabrones ya habían pagado por lo que le habían hecho a Laia, su Laia.

No creía que fuese a tener problemas con el comisario cuando le contase que Ulloa había matado a los dos subinspectores y él había tenido que desenfundar. Puede que sí tuviese problemas con el resto de los hombres de Ulloa, pero le importaba poco.

Ya había vivido bastante.

Entró en el bar y pidió un whisky doble.